

Crónicas raras

Por Yang Fernández Madruga

Reptilianos

Hace más de diez años que se conocen. Nacieron en lugares distantes: uno en las selvas de la Amazonía venezolana y el otro, por la cayería norte de Camagüey. Ambos fueron desarraigados de sus tierras, como hicieron los colonizadores con los africanos, y tuvieron que adaptarse al hábitat citadino. La convivencia en el patio de una casa, de la mía, ha constituido pequeñas historias, fruto de ese atípico choque... ¿cultural?

Aquella diminuta concha negra de puntos amarillos surcó por primera vez el suelo de su nuevo hogar la mañana en que nos visitaron sus captores. Cuando sus patas tocaron tierra firme, el quelonio salió disparado en todas las direcciones. Aseguro que en su cerebro retumbó un piropo para describir sus impresiones: "...la tierra más hermosa que una tortuga hubiese visto".

Como obra de la poca creatividad le puse Banana, para recordar a los heroicos plátanos caídos bajo sus fauces y que luego acabaron como abono de jardín. Su desplazamiento todo terreno, sus extrañas manías de sabueso, capaz de perseguir y morderlo todo por diversión, y ese perfecto reconocimiento espacial para encontrarte como un radar de la Nasa, la hacen a ras del piso, en extremo peligrosa.

Con esos antecedentes debe coexistir el mayor habitante de la microselva: la iguana Chucho. Él es una suerte de amasijo de espinas, de cactácea-saurio sin maceta, que cada mañana se levanta temprano a buscar su pedazo de terreno favorito. Allí se mantiene, inamovible. Con la misma devoción de los antiguos egipcios, espera el Astro Rey.

A diferencia del intrépido quelonio, la llegada del nuevo inquilino a nuestras manos resultó un tanto curiosa. Según contó su antiguo amo, cuando apenas medía lo mismo que una pequeña lagartija, el animalito fue trasladado en un viaje desde su hábitat hasta la cabecera provincial no en una maleta, ni en una media, o en la chistera de algún mago ebrio. Realizó la trayectoria en el sostén de su descubridora.

En el momento en que Banana aparece en la distancia, varias miradas la siguen atentas. En primer lugar la de mi madre, guardiana de la limpieza hogareña. Un día quiso establecer un cerco entre el patio y el interior de la casa. Desistió. En cambio, entrenó sus "seis" sentidos para atrapar al silencioso invasor. En segundo orden la vigila el ojo iracundo de su compañero. Él sabe adónde va. Sabe que se le vendrá encima. Quiere evadirla. No puede. La frustración lo lanza a la carga.

Durante las luchas vuelan coletazos, se suceden intercambios de mordidas, escaramuzas detrás de paredes y electrodomésticos, embestidas como de arietes medievales y en ocasiones hay que lamentar cicatrices, derrame de sangre... mucha sangre. En el instante del fatídico encuentro, un dios tan ocupado como Marte, junta las manos, cierra los ojos y pide para que nada ocurra.

Por lo general una querrela de este tipo mantiene alejados a los contrincantes por un tiempo. Estoy seguro de que la iguana también lo imaginó al principio,



pero cuando aún no han sanado las heridas y la memoria de los hechos permanece fresca, el dueño del carapacho vuelve al abordaje cual barco pirata.

Su ingenuidad permanece ilesa, junto a la idea de contemplar a su amigo como la creación más perfecta del universo. Es un misterio. El otro, condenándose a ese eterno retorno, a compartir el calor del sol, a lo que niegan sus genes y condición de macho-varón-masculino, acuesta su cuerpo en el árido terreno y espera, sin necesidad de un reloj, a que sea la hora de dormir.

Nunca dije que los protagonistas de esta historia fueran los pobladores absolutos del patio, donde las locuras de la madre natura asoman con frecuencia. Allí una jicotea cubanita vive enamorándolos. Es una pretendiente testaruda con fuertes ambiciones de concebir un híbrido "jicoiguana" o "jicotuga". Ella no entiende de malhumores o indiferencias. Cuando los tres ejemplares se mezclan, el "arroz con mango" se extiende por los rincones y a la larga nos implica a todos.

Responsables de la camada, nadie más que sus dueños deseamos termine la contienda. Queremos un patio con escenas similares a esos dulzones documentales del *Animal Planet*, donde las mascotas corretean al gusto y juegan hasta el cansancio.

Sé que un día Chucho y Banana firmarán, al menos, un armisticio duradero y me atrevo a decir más, la paz absoluta. Mientras espero, observo por la ventana. Me plazco con una tregua no programada. ¿Podré decir: al fin? Nada de eso, salgo disparado hacia ellos y, más tarde, vuelvo a meditar en los designios de la esclavitud.

Al lector

Celebramos nuestro Día del Idioma —23 de abril— con lecturas de la lectura. Compartimos curiosidades de un proceso con características universales para todas las lenguas, aunque tenga pequeñas variaciones según la ortografía y las estructuras gramaticales. Recibimos el reporte risueño de una colega entusiasmada por las ocurrencias de isleños y admiramos la amistad en las líneas de un joven que interpreta los afectos de sus mascotas. Disfruten este estímulo a una buena actitud lectora.

Para curiosos

Lo que no sospechabas de la lectura

La expresión "leer es bueno" posiblemente bate récord de repetición en tiempos de la Feria del Libro, pero, ¿qué argumentos la sustentan? La pedagoga guatemalteca Bessy Yohanna Ruiz Barrios destaca entre las ventajas, la fortuna de tener 30 y 40 veces más palabras para expresarse, simbolizar la realidad y comprender.

EL OJO VA A SALTOS

Al leer se generan en los ojos entre tres y cuatro movimientos sacádicos por segundo, pues el ojo va a saltos. Por tanto, la diferencia entre un lector eficiente de uno carente de eficiencia se da en la cantidad de información barrida. El adulto en promedio lee entre 250 a 400 palabras por minuto, y el límite fisiológico superior es de 900 palabras en el mismo período.

TIPOS DE LECTORES

No lector: Solo decodifica. Tiene que ver con las habilidades que los niños alcanzan antes de sacar provecho de la instrucción formal para la lectura.

Lector de baja intensidad: Lee esporádicamente. Su promedio de comprensión se ubica del 30 al 59 %. Lee menos de 250 palabras por minuto.

Lector: Lee un promedio de 250 a 400 palabras por minuto y su nivel de comprensión está entre el 60 y el 80 %.

Lector eficiente: Cuando sobrepasa lo anterior y aporta al texto sus experiencias; el texto, a su vez, le permite aumentar las experiencias y conocimientos, y encontrar nuevos intereses.

TÉCNICAS PARA DESCANSAR

Acostumbrarse a parpadear cada vez que se vuelve una hoja.

En las lecturas de cierta extensión, levantar la vista para mirar fuera del texto cuando finalice cada subtema o capítulo.

Aprovechar intervalos para cerrar los ojos, sin fuerza, unos segundos.

Si el cansancio cobra intensidad, suspender la lectura. Se recomienda leer 50 minutos y descansar 10.

La respiración debe ser baja, suave y profunda.

• Fuente: *Lectura efectiva (2003)*
Disponible en: www.url.edu.gt

Viñeta

Por Yahily Hernández Porto

La carcajada isleña de los cubanos

Un placentero volumen, *Chistes de isleños* (2007), del canario-cubano Ramiro Manuel García Medina, aglutina en 150 páginas cuentos, bromas... de inmigrantes canarios, y revela un minucioso estudio histórico acerca de pasados contextos del país. Les comparto dos.

LA FOTOGRAFÍA

Este cuento versa sobre cómo el isleño Francisco Pérez (Paco), al llegar a Cuba y conocer las cámaras fotográficas que sobre un trípode hacían fotos al minuto, no dudó en tomarse una instantánea.

En el poblado El Suspiro, en Santiago de Cuba, del municipio de San Luis, se consumió el "flashazo". Paco, sin aceptar las ofertas del experto que podía transformarlo —a las usanzas de entonces— en un vaquero o remero, decidió hacerse su foto junto a su yunta de bueyes.

"Retratado sonriente, con el brazo izquierdo apoyado en la cabeza de uno de los animales que, a ambos lados de él, quedaron fijados en la imagen".

Muy feliz, y casi sin saber escribir, el paisano Paco pidió ayuda para enviar un sobre con destino a su isla natal, La Gomera, en el que no solo incluyó su fotografía, sino también una sencilla dedicatoria: "Madre: el del medio soy yo. Paco".

EL ENAMORADO

Lo que es enamorarse le ocurrió a Ezequiel, un isleño de Puntagorda, en La Palma, radicado en la zona de

Zaza del Medio. Ante su total desconocimiento amoroso y el deseo de desposar a una guapa campesina, consultó a un amigo cubano, quien le afirmó que enamorarse era fácil.

El amigo orientó a Ezequiel. "Al llegar a la casa de la muchacha, mostrando educación, tú dices: Buenos días si es de día, buenas tardes si es de tarde y buenas noches si es de noche. Debes tener presente que aquí se suele llevar un regalo a la joven y otro al padre".

Ezequiel se vistió con su mejor atuendo y escogió como regalos caramelos para la muchacha y tabacos para el padre, los cuales cubrió de una forma muy insólita. El paquete de caramelos lo puso bajo la guayabera, sujeto a su cinto en la parte delantera, y el de tabacos, en la trasera, a la altura de sus glúteos.

Mientras el apasionado era recibido por la familia, expresó: "Buenos días si es de día, buenas tardes si es de tarde y buenas noches si es de noche. ¡Ah!, y antes de que se me olvide, lo de adelante es para la muchacha y lo de atrás para su padre".

